

Mi tío Félix era el esposo de mi tía Rafaela. Él era Guardia Civil y trabajaba en el puerto de Valencia. Su trabajo era registrar los barcos y evitar el contrabando. En su casa siempre había cosas maravillosas para un niño en la España de los años 50. Mantequilla, carne enlatada, whisky, cigarrillos con filtro, aparatos de radio y miles de cosas que venían de países lejanos.

En la España de la dictadura, de la autarquía, de la ausencia de mercado exterior, la casa de mi tío era el bazar de las sorpresas. Calendarios con fotos de países lejanos, revistas donde se anunciaban esas cosas que solo veíamos en el cine. Productos tropicales; piñas, cocos.

Allí en casa de mi tío probé el primer whisky, fumé el primer cigarrillo, escuché el primer transistor. Los olores de esa casa; licores, perfumes, jabones nunca los he vuelto a sentir. Ahora, hoy, sigo usando el mismo jabón, la misma espuma de afeitarse de mi tío, como para recordar ese mundo maravilloso encerrado en aquella vieja casa.

Luego, supe que se dedicaba al contrabando. Pero, ¿qué importa?, las primeras sensaciones placenteras las descubrí en su casa y por eso, su olor me acompaña cada mañana para así, no olvidar los recuerdos hermosos de una cada vez más lejana infancia.